



PLAZA DE MARÍA AGUSTINA

El ama negra y la heroína de Aragón

Ya se ve como mi fijación de estas semanas es por los nombres de mujer de nuestro callejero, mujeres de un tiempo pasado que tuvieron su alta significación ciudadana y que siguen siendo estampas de cordial recuerdo en Castellón. Así, pues, junto a Amalia Fenollosa y María Igual, es hoy un nombre mítico de tiempos pasados el que preside la página. Y la verdad es que cuando afronto ese protagonismo, no estoy seguro de si se trata de una o dos mujeres, solapándose en el callejero o tomando carta de naturaleza las dos a la vez. Lo cierto es que he tenido que dedicarle bastante trabajo a las consultas y las investigaciones. Hay que recordar que es entre los siglos XVIII y XIX cuando la producción historiográfica de Castellón y su provincia cobra una gran densidad, con fru-

tos y títulos que nos han dejado tanto los diversos cronistas desde Llorens de Clavell a Sánchez Adell, como los propios viajeros ilustrados que hoy ya se consideran auténticos relatores de nuestra historia y costumbres, Ponz y Cavanilles, por ejemplo. Y nadie me aclara quien es la muchacha protagonista de hoy, como titular de la plaza al final de la calle Mayor, junto a las murallas medievales, es decir, María Agustina Saragossa Doménech, la niña heroína en Zaragoza con motivo de la guerra de la Independencia, o María Agustina, el ama negra de los Feliu y Pestagua en la Casa Gran, aquel palacio donde todavía no había llegado la proliferación de cuartos de baño como signos de modernidad y sí en cambio tenían palpitación el jardín, la capilla y la biblioteca, ambientes en los que

se había desarrollado la vida del ama piadosa, esclava liberada.

Y como imagino que quienes siguen estas páginas tendrán las mismas dudas que yo, con mis apegos y afectos por todo lo concerniente a seres humanos de Castellón, por el precio de una mujer, les ofrezco el homenaje y el cariño a dos, las dos María Agustinas.

LA VIDA

Por una parte, en el plano de Francisco Coello de 1852 y a continuación de la iglesia de La Sangre y el antiguo hospital, que fue posible gracias a ese gran benefactor castellonense llamado Guillem de Trullols, ya figura El Toll como plaza de María Agustina. Por otra parte, durante la guerra de la Independencia provocada por el ejército francés de Napoleón y la consecuente insurrección del pueblo español el 2 de mayo de 1808, tuvo lugar el famoso suceso de Zaragoza, ciudad sitiada por los franceses, quienes prácticamente ya habían penetrado por la llamada puerta del Portillo que, en un determinado momento quedó sin defensores cuando llegó la muchacha María Agustina, cuya misión era la de proveer de comida a los soldados defensores. Se apoderó valientemente de la mecha encendida que sujetaba todavía la mano de un moribundo y consiguió disparar un cañón y repeler a los invasores. Ocurrió el día 1 de julio de aquel 1808.

Cruce de caminos y viejo 'Toll', queda el 'pati de les Caputxines', el ficus centenario, aroma de la capilla de La Sangre y el remanso de las calles Mayor y San Luis en las Aulas. Arrancan Conde de Pestagua, Sanahuja, Alcalde Tárrega, Rafalafena, Madrid y Gobernador con 'les Palmeretes' y el Camí Lledó.

Hecha prisionera no obstante, logró escapar y un tiempo después su nombre voló hacia la admiración popular, versos y cuentos, cantares y leyendas daban testimonio de la hazaña de la heroína, que fue nombrada de modo honorífico teniente del ejército español, con Cruz de mérito y pensión vitalicia. Ya digo que su nombre era el de María Agustina Saragossa Doménech, según la Larousse, había nacido en Barcelona en 1790 y contrajo matrimonio con un militar de la guarnición de Melilla y Ceuta, donde el matrimonio acabó regentando una hospedería. Allí falleció en 1858. Lo más importante es que, oriunda de Lérida, vino varias veces a Castellón por su parentesco con la familia Doménech, apellido por otra parte de un mítico Palleter, también ardoroso combatiente contra la invasión de los franceses.

Saltando página, recuerdo ahora que Vicente Traver Tomás, nos muestra en su libro *Antigüedades de Castellón de la Plana*, el escudo nobiliario de la Casa Gran con signos de su pertenencia al Condado de los Pestagua, aquella denominación de la época del feudalismo por la que se daba carta de naturaleza de dominio condal a quien, por sus propiedades y valores de linaje, representaba en la zona a los monarcas jefes del Estado, como fue el caso del Conde de Pestagua y su ascendencia sobre los Feliu. Es importante este dato puesto que en el índice de vecinos de Castellón de 1588 ya figura el nombre de Cosme Feliu como uno de los grandes propietarios y contribuyentes, estando inscrito a su nombre el “Molí Primer” y otros para aceite, también gran número de casas y tierras y, sobre todo, la casa solariega de los Feliu y después Pestagua, edificio de sindicatos en estos últimos

tiempos, la Casa Gran en la nomenclatura de los documentos antiguos, también la impresión de que, al paso de los ciclos familiares, aquella “ama” liberada, de grandes virtudes, recibió en herencia el edificio que le permitió hacer donativos y proporcionar ayudas a muchísimos vecinos de Castellón desde aquel enclave ciudadano, auténtico cruce de calles, convertido en caminos con dirección a la huerta y a Lledó, a la Magdalena y a los viejos molinos y ermitas del término.

El poeta Campoamor, gobernador de Castellón, ya dijo aquello de “con tal que yo lo crea, ¿qué importa que lo cierto no lo sea?” Y el exalcalde José Luis Gimeno se inclina en su libro sobre las calles por la solución política y razonable, de recordar los dos nombres a la vez.

Así que, vosotros mismos. ❖

LA CASA GRAN

Decía Traver Tomás que la Casa Gran del siglo XV constituía un ejemplar curioso y característico de casa señorial por su situación, distribución y amplitud, con puerta de medio punto que siglos después coronó el escudo de los Condes de Pestagua, con sótano, bajos, entresuelo y piso alto destinado a las cosechas.

La vivienda estaba en el entresuelo, con acceso por dos escaleras del zaguán, en sentido contrario. Huecos a la calle cerrados por grandes voladas rejas, los principales a un espacioso huerto-jardín con variados frutales y flores, donde creció el primer níspero, árbol traído desde el Japón. Se apreciaba su ascendencia medieval en la casa y en su entorno.